

1. ¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

Siempre ha habido padres avasalladores, prepotentes y sobreprotectores, además de padres obsesionados con los resultados, la brillantez y las inacabables virtudes de sus hijos. Sin embargo, hasta no hace mucho, este tipo de padres eran una *rara avis*: especies poco comunes que recibían miradas de estupor por parte de su entorno.

En mi curso escolar, por ejemplo, solo había una madre hiperprotectora. Se trataba de M., una señora encantadora cuya misión en la vida parecía ser que su hija E. no pisara las calles de la Barcelona de la década de 1970, ciudad que a ella, originaria de Zaragoza, se le antojaba una inmensa tela de araña plagada de todo tipo de trampas y peligros. En consecuencia, y pese a que residían en una plácida zona residencial donde el máximo peligro podía ser que el jardinero del edificio mojara por error a E. con la manguera, la madre acompañaba a la hija a todas partes.

Y cuando digo a todas partes, digo a todas partes: de casa a la escuela y de la escuela a casa. Del colegio a la clase de piano y de la clase de piano a casa. De la escuela a casa de

su amiga y de casa de su amiga a casa. Sana y salva. Tracen una ruta y ahí estaban E. y su madre, subidas en el inmenso coche de importación del que tan orgullosa se sentía M. Así durante años y años. Las dos: la madre al volante y la hija en el asiento delantero (sin cinturón de seguridad, por cierto). Conversando o en silencio, merendando o estudiando en el coche y, a medida que la hija se hacía más mayor, discutiendo. E. quería más libertad, que su madre la dejara ir sola de vez en cuando. En especial, a aquellas salidas que se empezaban a organizar, cuando teníamos doce o trece años, para ir al cine en grupo o al parque de atracciones.

El de E. y M. fue sin duda el ejemplo más extremo de sobreprotección que viví durante mi infancia y adolescencia. Fui testigo de algún otro, como el de la madre de otra amiga mía, C., que tampoco la dejaba ir prácticamente a ningún sitio —un verano, por temor a que su hija se golpeará con una roca, le prohibió ir a la playa—. También conocí a un padre-mánager, empeñado en hacer de su hijo un campeón del tenis, y escuché unos padres tan orgullosos de la belleza de su hija que la adulaban constantemente, llamándola Sissí emperatriz. Estaban más o menos convencidos de que la niña estaba destinada a convertirse en una estrella de Hollywood o a casarse con un millonario (logró lo segundo, por cierto).

Pero aquello era todo. En mi infancia y juventud, transcurridas entre las décadas de 1970 y 1980, a los niños (y todavía menos a los adolescentes) se nos hacía más bien poco caso. Para los padres, en general, teníamos unos deberes bastante claros: rendir en la escuela y saber comportarnos. Se

consideraba que nuestro bienestar era importante, por supuesto, pero no éramos, ni muchísimo menos, el centro de sus vidas. Nada que ver con lo que pasa hoy.

«Mi madre sobrevuela por encima de mí como un helicóptero», se lamentaba un adolescente estadounidense en la consulta del psicólogo infantil Haim G. Ginott. La descripción llamó la atención del especialista, quien también era pedagogo, y la recogió en su libro *Between parent and teenager*, un superventas publicado en 1969. Fue seguramente la primera vez que apareció el término «padres-helicóptero» en letras de imprenta.

El término fue rescatado a principios de este siglo, cuando los responsables de las universidades estadounidenses se toparon con los padres de los niños de la generación llamada «milenio» (la de los nacidos entre 1985 y 1994). Dichos progenitores, pertenecientes a su vez a la generación del *baby boom* estadounidense, se caracterizaban por velar al máximo por los intereses de sus hijos, aunque estos fueran ya universitarios: los despertaban por las mañanas, les preparaban el desayuno, los acompañaban a todas partes, estaban constantemente conectados con ellos mediante el móvil... Eran, asimismo, capaces de discutir acaloradamente con los maestros por cualquier calificación que consideraran inadecuada. También se detectó otra práctica hasta entonces inaudita: los padres exigían estar presentes en las entrevistas de acceso a la universidad de sus hijos.

Desde entonces, el término «padres-helicóptero» se ha normalizado. También se ha ido normalizando este tipo de

crianza, en la que el hijo o la hija son el eje: el astro rey alrededor del cual orbitan sus padres, dispuestos a darle, sencillamente, lo mejor y lo máximo y a evitarle contratiempos y sufrimientos, a tenerlo entre algodones al precio que sea.

Este modelo se ha exportado con éxito hacia Europa. En 2001, el psicólogo italiano Giorgio Nardone y las psicólogas Emanuela Giannotti y Rita Rocchi publicaron un estudio, titulado *Modelos de familia*,⁵ en el que pusieron al descubierto «lo que ha pasado a ser de dominio y discusión pública en los últimos años [...]: que la familia italiana ha evolucionado hacia los modelos de relación padres-hijos de tipo predominantemente hiperprotector y permisivo». Entre otros, los autores señalaban que no es nada casual que más del 70 % de los jóvenes italianos de hasta treinta años, aunque con autonomía económica, siga viviendo con la familia de origen. Un fenómeno que, recalcaban, «no se produce, como afirma el ideólogo populista de turno, por razones económicas, sino por comodidad y poco sentido de la responsabilidad».

El estudio destacaba el paso de una tipología de familias puramente patriarcales a otra nuclear. En el siglo XXI, los árboles genealógicos se han invertido y las atenciones de los padres, abuelos, tíos y tías se dirigen exclusivamente hacia este hijo único. Los padres se ponen como misión hacer la vida de sus hijos lo menos complicada posible, «de modo que llegan incluso a hacer las cosas en su lugar». Prevenir,

5. Nardone, Giorgio, Giannotti, Emanuela y Rocchi, Rita (2003). *Modelos de familia*, Barcelona, Herder.

¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

anticipar posibles dificultades de la prole y controlar sus movimientos y el «dinos lo que necesitas que nosotros te lo procuraremos» son algunas de las características detectadas por el equipo de psicólogos liderado por Nardone.

Modelos de familia fue traducido a muchas lenguas. Para los autores, hay evidencias de que las dinámicas familiares en el mundo occidental tienen una orientación similar: «No existen ya solamente mocosos o niños de mamá latinos [...], sino que prácticamente toda la sociedad europea y anglosajona occidental se ha vuelto hiperprotectora y permisiva»,⁶ aseguran.

Cordón umbilical tecnológico

El móvil, ese aparatito que ya es parte de nuestra cultura, es el nuevo cordón umbilical entre padres híper e hijos: se usa tanto para controlar los pasos de la prole como para pedir auxilio ante cualquier dificultad que surja. ¿Tengo veinte años y estoy encerrada en un ascensor? Pues llamo a mi madre para que avise de que estoy atrapada, en vez de apretar el botón de alarma. ¿No sé si escoger pasta o verdura en el menú? Pues llamo de nuevo a mamá, para que me diga qué

6. El estudio destaca que esta afirmación no es válida en el caso de las bolsas de inmigración –con otras características culturales–, ni para aquellas situaciones que rozan el límite de la marginación social, en las que domina la segregación familiar. La hiperprotección es un fenómeno de clases medias-altas, principalmente.

comer. ¿Es mi primer día de universidad y no sé a qué clase ir? Pues llamo a mi madre —aunque esté en Japón, trabajando—, y que ella me indique adónde ir... Al fin y al cabo, desde que tengo uso de razón, es ella quien ha controlado mi agenda.⁷

El móvil se ha convertido en una herramienta clave para ejercer esta paternidad frenética, que implica una serie de comportamientos que en otras épocas se habrían considerados, como mínimo, excéntricos. ¿Se imaginan a sus padres pidiendo una entrevista con el director de la escuela para exigir que al niño o a la niña les toquen unos maestros en concreto? ¿O a sus padres haciéndoles (no ayudándolos, sino *haciéndoles*) los deberes? ¿O a su madre o a su padre golpeando a un profesor porque le han puesto una mala nota o han osado castigarle? ¿O insultando a un árbitro en un partido infantil? ¿O a los componentes del equipo rival? E, incluso, llegando a verdaderos extremos, como el caso de Wanda Holloway, una mujer de Texas que en 1991 planeó asesinar a la madre de una compañera de clase de su hija para que su niña pudiera entrar en el equipo de animadoras del colegio.⁸

7. Todos ellos son casos reales.

8. Wanda Holloway estaba obsesionada con que su hija, Shanna, de trece años, consiguiera ser animadora en el colegio, algo que ella había ansiado desde pequeña. Cuando Shanna fue rechazada, la madre decidió contratar a un asesino para liquidar a Verna Heath, su vecina y madre de la niña que, según el razonamiento de Wanda, era el obstáculo para que Shanna pudiera entrar en el equipo. Años después, la hija explicó en una entrevista a la revista *People* que nunca había tenido ningunas ganas de ser animadora y que jamás presionaría a sus hijos a hacer alguna actividad a la fuerza.

¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

Aunque este último caso es tan inusual que incluso se han hecho dos películas sobre él, los otros ejemplos citados son cada vez más habituales. Muchos de los padres actuales ejercen, entre otros, de mánager, animadores culturales, guardaespaldas, orientadores académicos, chóferes y mayordomos de los hijos. Todo ello provoca, según los expertos, progenitores estresados e hijos agobiados que, en muchas ocasiones, crecen «incapacitados» debido al exceso de protección. «Los hijos acaban por rendirse sin luchar, renunciando al pleno control de su vida y refugiándose en la jaula dorada del privilegio, de la que cuesta mucho salir, ya sea por una deuda de reconocimiento o por incapacidad», escribe Nardone.

Ante este panorama, la pregunta es: ¿cómo hemos llegado hasta aquí?

«Yo creo que estamos aquí porque han convergido una serie de tendencias, con el fin de producir una “tormenta cultural perfecta”», me explica Carl Honoré, uno de los defensores del movimiento *slow* y autor, entre otros, del ya clásico *Bajo presión*.⁹ Este escritor y periodista inglés fue pionero al hablar de los padres-helicóptero y de «niños dirigidos», víctimas de la ansiedad. En esta «tormenta perfecta» de la que habla intervienen la globalización y el aumento de la competencia, que, «unidos a la inseguridad cada vez mayor en los lugares de trabajo, nos han hecho más y más

9. Honoré, Carl (2008). *Bajo presión. Cómo educar a nuestros hijos en un mundo hiperoxigente*, Barcelona, RBA.

ansiosos respecto a preparar a nuestros hijos para la vida adulta».

Un símbolo de estatus

La apoteosis de la cultura del consumo ha creado una sociedad con altas expectativas: «Hoy queremos dientes perfectos, un cuerpo perfecto, las vacaciones y la casa perfecta y, obviamente, los niños perfectos para completar el cuadro». Y como padres «sentimos una presión cultural inmensa para darles a nuestros hijos lo mejor de todo; para darles una infancia “perfecta”», resume Honoré.

En consecuencia, son muchos los padres y las madres dispuestos a sacrificar tiempo, recursos y dinero para que sus hijos gocen de... ¡todo! Colegios de élite, extraescolares de todo tipo, fiestas de cumpleaños extravagantes (tan especiales que pueden incluir el alquiler de una limusina para un grupito de niñas de once años),¹⁰ viajes, ropa de marca... Los hijos se han convertido en un símbolo de estatus y sus logros, en una nueva forma de competir con el vecino.

Honoré también destaca las razones demográficas que citaba el estudio de Nardone: nunca antes las familias habían

10. Otro caso real: en ciudades como Barcelona las madres y los padres de cumpleaños y cumpleaños son algunos de los principales clientes de las empresas de alquiler de limusinas.

¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

sido tan reducidas, lo que significa que tenemos más tiempo y dinero para gastar en los hijos. En contrapartida, al haber menos hijos, las oportunidades de que uno de ellos «destaque» son menores, lo que también pone un poco nerviosos a algunos progenitores.

Sin olvidar que las mujeres son madres cada vez más mayores: «Y si tu primer embarazo se produce a los treinta y ocho o treinta y nueve años, seguramente habrás pasado mucho tiempo planeando cómo va a ser ese hijo o hija. Y si algo va mal, quizás no seas capaz de tener otro, así que hay ya una ansiedad desde el principio», observa Honoré. Esta edad más avanzada de los padres también provoca que se importen los años de experiencia profesional a la familia. Al pensar en maneras de ser mejores padres se nos ha ocurrido hacer lo que hacemos en la oficina para mejorar los resultados: traer a los expertos, gastar mucho dinero y trabajar muchas horas. La paternidad se ha *profesionalizado*.

Madeline Levine también achaca este auge de la generación híper a la cultura competitiva de Estados Unidos, que ha hecho que la paternidad se haya convertido en una especie de carrera sin descanso, cuya meta es lograr que el hijo o la hija triunfe. O, por lo menos, que destaque más que el hijo del vecino.

En este entorno se ha impuesto la creencia de que este «triunfo» solo se consigue si se trabaja con el hijo prácticamente desde el momento en que nace. En consecuencia, la prole es sometida, desde edades muy tempranas, a todo tipo de estímulos dirigidos a modelar ese niño o niña perfectos,

la envidia de todos, que irá a Harvard o a otra de las prestigiosas universidades de la Ivy League.

En un país que es epítome del capitalismo y en el que existen ofertas para prácticamente todo, esta preparación es exhaustiva y, por supuesto, muy costosa: desde talleres para bebés donde estimularlos a tope a escuelas privadas que prometen crear genios, sin olvidar la práctica precoz de todo tipo de actividades deportivas y académicas.

La infancia como *training camp*

Madeline Levine denuncia el hecho de que en muy poco tiempo hayamos pasado de considerar la infancia y la adolescencia como etapas importantes para el desarrollo por sí mismas a considerarlas «un campo de entrenamiento para que los hijos sean admitidos en escuelas y universidades». En este campo, escribe, «los padres tratan a los niños como jóvenes adultos, pero, a la vez, actúan como si los hijos fueran niños pequeños que necesitan una supervisión perpetua».

Esta es la primera incongruencia de la hiperpaternidad. Porque, pese a la buena intención, esta supervisión constante provoca más problemas que otra cosa. Los retoños, destaca Levine, no llevan tan bien este exceso de atención. Ella lo sabe: no en vano lleva treinta años tratando a adolescentes de familias ricas de San Francisco, y lo que ha detectado son jóvenes que lo tienen todo, pero se muestran muy insatisfechos con su vida.

¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

David McCullough, Jr. también achaca gran parte de este fenómeno a la cultura competitiva de su país, que valora los resultados por encima del esfuerzo. En su ya célebre discurso de fin de curso, que se convirtió en viral en Internet, este profesor abordó la cultura imperante del «hijo, eres especial» frente a las familias del Wellesley High School, un prestigioso centro público de Boston, con alumnos de entornos privilegiados. Ni corto ni perezoso, les dijo a sus alumnos que, en contra de lo que habían escuchado desde el día en que nacieron, ninguno de ellos era «especial» ni excepcional, sino que formaba parte de un planeta en el que había millones de personas como ellos.

A sus cincuenta y cinco años y con mucha experiencia en la docencia, este maestro de lengua inglesa, hijo de un Premio Pulitzer, también habló de esos padres «bienintencionados» pero que sobrevuelan y dirigen las vidas de sus hijos sin descanso, presionándolos para que sean los mejores pero a la vez allanándoles el camino para ello. Tanta presión, conjugada con tanta intervención, hace que los estudiantes tengan «terror al fracaso, pierdan la oportunidad de cometer errores y aprender de ellos y, en consecuencia —remata—, se pierdan la oportunidad de tener una vida plena y feliz».

McCullough asegura conocer y apreciar mucho a sus alumnos y, en las muchas entrevistas que ha concedido desde aquel discurso, dice que sus palabras ese día no querían ser «un bofetón», sino un aviso cariñoso del tipo: «Vais a salir fuera, debéis estar preparados». Porque, señala, si los niños tienen la idea de que son más importantes que otros, que

cada uno de sus movimientos son escudriñados, siempre con el objetivo de triunfar, la vida se convierte para ellos en algo represivo, les produce mucha presión, «porque creen que el propósito de cualquier tarea ha de ser el de sobresalir, en vez del placer de hacer las cosas».

McCullough coincide con Carl Honoré en que hoy los hijos se tienen más tarde, cuando los padres «están preparados» para ello: son un bien buscado y deseado, sobre el que se ha tenido mucho tiempo para pensar en cómo serán. Muchos padres, además, llevan ya tiempo trabajando y disponen de docenas de recursos y conexiones para procurar que su prole suba más alto que ellos. Sin olvidar, nos recuerda, a esos progenitores que viven atados a un trabajo que, pese a que les procura succulentos beneficios, quizás no les da otras sensaciones plenas importantes (como la pasión por lo que hacen, por ejemplo). En su opinión, esta obsesión se traduce en los hijos en un ansia «casi mercenaria» por buenas notas y premios.

¡Corre, que llegamos tarde!

La importancia del «tener» por encima del «ser» se ha detectado también a miles de kilómetros de Boston, en las afueras de Barcelona. En el centro educativo La Granja, su directora, la pedagoga Cristina Gutiérrez Lestón, autora de *Entrénalo para la vida* (Plataforma, 2015), empezó a notarlo «entre 2002 y 2004», durante esos años dorados previos a

¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

la crisis de 2008, cuando muchos creyeron que era posible comprarlo todo. «Empezamos a ver que los niños eran diferentes y que de alguna manera la sociedad había cambiado el “ser” por el “tener”», recuerda Gutiérrez Lestón. Para ella, este factor ha sido determinante para la construcción de esta nueva hornada de padres e hijos que «se ha hecho poco a poco, casi sin que nos demos cuenta». Como sus colegas estadounidenses, Cristina identifica el estrés como parte insoluble de estas nuevas familias: «Como “tener” nos implica invertir mucho tiempo —no solo hay que ir a comprar lo que queremos, sino, especialmente, utilizar todo lo que compramos—, a los niños no les queda espacio para “ser”», advierte.

Las prisas, explica Cristina, son una constante en los hogares actuales. Corre, desayuna; corre, la mochila, que es tarde; corre, que no llegamos a la extraescolar; corre, que hay que hacer los deberes... «Todo ello ha contribuido a que muchos niños no tengan jamás el tiempo de parar y pensar. Pensar quiénes son, qué hacen y por qué». Tampoco podemos pararnos a preguntarles a nuestros hijos qué es lo que ellos consideran importante: «Toda esta falta de tiempo y de espacio para “ser” —lamenta Cristina— ha generado una serie de carencias emocionales en muchos niños y niñas, que no saben desenvolverse en un grupo de gente. Se sienten débiles y con un montón de miedos».

Otra de las causas de la hiperpaternidad puede ser el deseo del padre o de la madre de reafirmarse a través del hijo. Cada vez son más las mujeres que dejan sus carreras para «vivir plenamente» la maternidad. Una decisión nada des-

deñable, pero que en muchas ocasiones se traduce en la *profesionalización* de la misma, como señalaba Carl Honoré.

La inseguridad en nuestra capacidad como progenitores es asimismo una de la causas de este fenómeno. Una inseguridad que nos hace presas fáciles de compañías especializadas en todo tipo desde *gadgets* para «proteger» y perfeccionar a nuestra prole: desde cascos (sí, cascos) para llevar al crío al supermercado hasta aplicaciones para monitorear la salud de bebés completamente sanos, colchones que evitan la muerte súbita y protectores de todo tipo. El mercado alrededor de los miedos e inseguridades paternas es enorme, y la oferta empieza a partir del embarazo.

El derecho a unos padres relajados

No se trata solo de inseguridades físicas. Los padres también se sienten inseguros respecto al capital cultural que se quiere dar a cada hijo. Las «mejores» clases de música, de equitación y de idiomas. El esquí, los viajes, el profesor particular fijo para que el niño o la niña vayan por delante de sus compañeros. Experiencias que nos han hecho creer que los hijos deben vivir, sí o sí, para ser felices o triunfar en la vida.

Todo ello en el contexto de una sociedad capitalista, individualista y competitiva, en la que coinciden muchas personas que quieren moldear a su hijo o a su hija a la perfección. El resultado: padres con un estrés monumental, pues no solamente están atentos a sus hijos, sino también a los

¿Cómo se ha llegado hasta aquí?

hijos de los demás. «Los padres somos muy vulnerables a todo tipo de presiones por parte de otros padres», recalca Honoré. Presiones del tipo: «¿Tu hijo de dos años no tiene aún un profesor particular?», «¿No lo has apuntado a esta maravillosa extraescolar?», «¿Todavía no esquía?», «¿No habla inglés?», «¿No ha ido a Disneylandia?»...

«Yo también soy padre —apunta Honoré—, y sé perfectamente lo duro y confuso que es criar a los hijos hoy: tenemos la sensación de que hay que exprimir, pulir y proteger a nuestros hijos con un fervor sobrehumano o fracasaremos». Sin embargo, a partir del instinto, noble y natural, de hacerlo mejor para nuestros hijos, «acabamos yendo demasiado lejos», concluye.

Y los niños necesitan unos padres relajados. «Es un derecho de la infancia», asegura Gregorio Luri, filósofo y pedagogo. Luri, que ha trabajado como docente a todos los niveles y ha publicado una quincena de libros, reivindica una vuelta a la paternidad tranquila, del sentido común. «Porque todos nos equivocamos: la condición humana es meter la pata», me explica mientras nos tomamos un café en la tranquila plaza de Ocata,¹¹ el pueblo de la provincia de Barcelona donde reside. Además, añade, no todo está en nuestras manos: «No hay que olvidar nunca la primera lección de la Biblia: Adán y Eva tuvieron dos hijos y ¡cada uno les salió como les salió!». ¹²

11. Y que da título a su blog: *El Café de Ocata*.

12. Nada más y nada menos que Caín y Abel.

Hiperpaternidad

Luri, que nació en un pueblito de Navarra en 1955, recuerda cómo en la generación de sus padres se sabía que, en la educación, siempre hay un elemento de incertidumbre. «Decían algo que está muy bien dicho: “Mira qué hijo le ha salido”, porque tus hijos son hijos tuyos pero también son hijos de su tiempo, de sus amigos, de mil cosas. Y sobre todo, desde pequeños, son también hijos de sus decisiones voluntarias».

Este filósofo cree que los padres de antes lo tenían más fácil, porque tenían muy claro que si un hijo no servía para una cosa había otras salidas. Ahora estamos en una situación de incertidumbre, lo que pesa mucho. Pero, como los otros expertos consultados aquí, Luri es también de la opinión de que estar continuamente pendientes de ellos es contraproducente, «porque les dedicamos tanto tiempo y esfuerzos que no nos queda tiempo de calidad, que es el decisivo».

O dicho de otra manera: «Los hijos tienen también derecho a tener unos padres relajados –reitera–. Lo que sucede es que existe una corriente que nos hace sentir totalmente responsables de ellos y si solo nos sintiéramos responsables sería magnífico, pero nos sentimos inseguramente responsables, y eso es lo terrible». Ahí está, en su opinión, la patología, el drama de la paternidad moderna: hagan lo que hagan los padres de hoy, tienen una voz interna que les dice si no habría sido mejor hacer lo contrario.